



Pedro Merino de Heredia

**Relación de la Gloriosa Función que
lograron las armas españolas la noche del
17 de enero de 1759**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Pedro Merino de Heredia

Relación de la Gloriosa Función que lograron las armas españolas la noche del 17 de enero de 1759

Relación de la Gloriosa Función que lograron las Armas Españolas la noche del 27 de Enero del año de 1579 mandadas por el Comisario General de Caballería D. Juan Antonio Garretón y Pibernat, Capitán Comandante de la Plaza de Valdivia: de orden del

Excmo. Señor don Manuel de Amat y Junyent, Caballero del Orden de S. Juan, del Consejo de su Maj. Teniente General de sus Reales Ejércitos, Gentil hombre de Cámara con entrada, Virrey, Gobernador y Capitán General de estos Reinos, siendo Presidente, Gobernador, y Capitán General de Chile.

Compuesta por su capellán el R. P. Lect. en Sagrada Teología Fr. Pedro Merino de Heredia, del Sagrado Orden de Menores.

Con licencia del superior Gobierno: Impresa en Lima: en la Oficina de la Calle de la Encarnación. Año de 1767.

Exc.MO S.OR

El Padre Fray Pedro Merino de Heredia, del Orden de Menores de N. P. San Francisco Ex-Lector en Sagrada Teología: ante V. Exc. con su mayor rendimiento parece, y dice: que habiendo reconocido el Diario, y demás Documentos originales, que califican el célebre Ataque, que a orillas del Río Riobueno, Jurisdicción de Valdivia, sostuvo, y defendió el Comisario General de Caballería Don Juan Antonio Garretón, y Pibernat, Teniente Coronel de Infantería Española, Gobernador actual de la Provincia de Jauja: ha resuelto poner en

Metro aquella memorable Función, en la forma que consta del Papel que manifiesta, el que desea dar a la Prensa. Y no pudiendo ejecutarlo, sin la venia de este Superior Gobierno: Por tanto.

A V. Exc. pide y suplica, se sirva de concederle licencia para imprimirlo, que será merced que espera recibir de su poderosa mano.

Fray Pedro Merino de Heredia.

Lima 26 de Febrero de 1767

Concédesele al Suplicante la Licencia, que solicita para imprimir el Cuaderno que ha manifestado.

Una Rúbrica de si Exc.

Martiarena.

Otra Rúbrica.

Ovillejo

El Príncipe excelente,
que impera Viso Rey el Occidente:
Don Manuel de Amat digo,
de quien el Nombre es el mayor testigo:
como Marte Cristiano,
cuando el Reino de Chile presidía,
inspirado de aliento soberano,
por quien su pensamiento se movía,
con ansias inmortales
deseaba remediar bárbaros males,
haciendo se esparciesen las semillas
(que son del Evangelio maravillas)
entre aquellas Ciudades que perdidas,
de los Indios se ven sobrecogidas,
por más que el Español con su quebranto
piense inundar el cielo con su llanto.
Y llevado del celo que le inclina,
su pensamiento a Osorno se encamina;
porque esta restaurada
toda su idea estaba asegurada;

pues se comunicaba ciertamente
por sólo el continente
desde Valdivia, que era
hasta Chiloé la más precisa esfera.
Este fue su proyecto;
pues según he formado yo el concepto,
era este beneficio
para ambas Majestades sacrificio:
y más con la abertura,
que hacia en tal camino su cordura;
pues teniendo este rumbo descubierto,
Valdivia hallaba su socorro cierto.
Pues si la acometían
Enemigos de Europa que venían,
Chiloé pudiera dar en un instante
cuatro mil hombres de ánimo constante;
y con tales Campeones
no hubiera ya temibles invasiones.
Y si esta vía no se descubriera,
Y si esta vía no se descubriera,
el socorro por cierta no se viera:
ni éste fuera oportuno
fiado a las inconstancias de Neptuno;
pues solo por el mar se efectuaría,
y mucho tiempo así se gastaría.
Estos reparos pues muy bien fundados,
como de tan gran Príncipe acordados,
dispuso su Excelencia,
(por lograr el efecto de su ciencia)
que fuese de su Tropa Comandante
un Espíritu heroico, y arrogante:
Don Juan Antonio Garretón se llama,
el que aumenta sus plumas a la fama.
De la Caballería es Comisario,
y del valor erario;
y como su Excelencia ya sabía,
que aun Marte no excedió su bizarría,
le deja en sus acciones
la libertad, aun dándole instrucciones;
porque con el valor de su talento
ordene lo mejor su entendimiento.
El orden que le expresa,
vistas las generales, así empieza.
Luego que hayáis llegado,
(si de riesgos el cielo os ha librado)
a tocar las orillas del Riobueno,
o de inquietud, o sobresalto ajeno:

os mando hagáis un Fuerte,
que terror sea de la misma muerte.
En nombre de Fernando el Fuerte exige
pues nombre es del Monarca que nos rige.
Cuando este orden tomaba
Don Juan Antonio, allá en Santiago estaba,
a quien el mismo ilustre Presidente
impuso vocalmente,
para que fuese así mejor instruido
en la idea que había concebido.
Y así reconociendo
que bien se iba el negocio dirigiendo,
Pues el Príncipe estaba cerciorado
del valor que jamás había ignorado:
le advirtió que esta empresa que trazaba,
aun antes de pensarla se la fiaba.
Y no erró en el dictamen,
pues breve se vio práctico el examen.
Y la primera noche,
cuando Febo ocultaba el rubio coche,
el valiente Caudillo mencionado
fue de cuatro mil Indios atacado,
cuya defensa la dirá la Historia
que esa es de Amat, y Garretón la gloria.
Y para que a sus términos lleguemos,
la Relación, y el Viaje seguiremos.
En el año de mil y setecientos
que con cincuenta y nueve se contaban,
las Tropas de este Héroe se formaban.
Y en el día segundo,
en que toda la Iglesia Militante,
del Redentor del Mundo
celebra el Nacimiento muy constante:
En este mismo día,
ostentando salió su bizarría
el Cid de Zaragoza
con una Tropa electa y espantosa,
Era de Valdivianos, y Limeños,
que hacían competencia sus empeños.
De ciento y treinta hombres se compone;
pero con tan buen orden se dispone,
que uno sólo tuviera
la virtud de su resto, si riñera.
Salió pues de Valdivia
la ardiente Tropa, que jamás se entibia,
que como era de Jóvenes compuesta,
la sangre en todo hierve manifiesta.

Tan lucido iba el Destacamento,
que el mismo Marte se admiraba atento:
y Júpiter miraba desde el cielo
las nuevas glorias que ostentaba el suelo.
Todos van satisfechos
con armas, municiones, y pertrechos,
y con cuanto importaba con certeza
para el logro feliz de aquella empresa.
Y aunque está Garretón asegurado,
con todo, tres Cañones ha llevado:
para que el enemigo quede cierto
de que hasta en su disparo está su acierto.
También un Esmeril llevaba ufano,
porque por Excelencia fue a su mano,
y en él reconocía,
que el esfuerzo de Amat se contenía.
Fue este Esmeril de los contrarios ruina,
mucha defensa haciendo en la cortina
del bello acampamento,
cuando hizo seña el parche a rompimiento.
Luego que el Comandante esclarecido,
con un destacamento el más lucido
marchó lleno de gloria,
como si a cantar fuese la victoria,
áspera conquistando la Montaña,
no con fuerza, con maña,
en lenguas diez y seis iba venciendo
cuantos se le iban riesgos oponiendo.
Dichoso caminaba
con el Tren ostentoso que llevaba,
sin que en su pecho hicieran impresiones
las fantásticas vanas ilusiones.
De un arroyuelo así llegó a la orilla,
donde el cristal, y plata se acaudilla.
Allí miró formados
hasta seiscientos Indios arreglados:
pero sin que su esfuerzo se amedrentase,
al punto ordena que se forme un Puente,
y obedeciendo en breve este precepto,
tuvo dichoso efecto;
pues por el dicho Puente
tránsito halló la Tropa libremente,
Equipaje, y también la Artillería
que en nada Garretón se detenía.
Ya estando en la otra banda colocado
el Ejército fuerte, y denodado,
reparan que los Indios que allí estaban

escaramuza en sus caballos traban:
y como eran contrarios,
con justa causa se alteraban varios;
tanto, que apercebidos,
con los gatos estaban prevenidos.
Mas nuestro Comandante,
(que era de sus intentos penetrante)
con el semblante sólo los detuvo,
y nunca más valiente que ahora estuvo:
que el valor en la lid es indecencia,
si antes no se consulta a la prudencia.
El Garretón quería
la escaramuza ver de que nacía,
y contuvo el amago,
por no hacer lamentable aquel estrago.
Y avanzándose enfrente,
con los Caciques se quejó elocuente
de un resolución tan impensada,
y por eso jamás de él esperada.
Mas los Indios (no sé si artificiosos,
con puridad hablando, o cautelosos)
dicen, no se infería
como rumor de guerra la alegría;
pues aquellas carreras,
con que medir querían las esferas,
eran gozo, y no guerra,
por ver los Españoles en su tierra.
Toda esta gran función que se veía,
hasta tres cuartos de hora duraría:
y volviendo los Indios a formarse,
no quiso más la Tropa dilatarse.
Pero apenas seis cuabras caminaron,
cuando otro arroyo hallaron,
y aquí no quiso Garretón prudente
detenerse a formar segundo Puente;
y al Ejército anima
a que pasase a vado, y se lo intima;
pues cuerdo desconfiaba
de aquella retaguardia de dejaba:
porque aunque antes señal de paz mostraron,
los interiores no se examinaron.
Esto también lo hacía,
porque de la otra parte conocía
un sitio ventajoso,
para formar un Fuerte poderoso:
lo que breve se vio verificado,
pues se halló un Fuerte antiguo conquistado,

quiso llamarlo atento
la Virgen del Pilar de Zaragoza,
por hacer su firmeza más gloriosa.
Hízose en él aquella noche fuerte,
por prevenir así mejor su suerte;
y en el siguiente día, poderoso
él, avivó su foso,
y formó una estacada por seguro,
que le servía de muro,
por poder algún tiempo establecerse,
y lograr ejercerse
en ir a sagaz tirando las medidas,
(con reflexión madura discurridas)
para poder marchar a Riobueno,
que era de sus deseos todo el lleno,
y tan cercano estaba,
que cuatro leguas, nada más distaba.
En esta posesión de dicho Fuerte,
de este Héroe el ingenio bien se advierte;
pues sólo trabajaba
en afectar que allí siempre se estaba:
máxima tan feliz que le convino,
pues se ocultó a los Indios su destino.
Pero a fin de enterarse
en los rumbos seguros, y no errarse,
cuando le parecía,
él con ocho Soldados se salía:
y así breve quedó inteligenciado
del camino infalible y acertado,
que llega a dar al mismo Riobueno;
de todo riesgo, y contingencia agrego.
Y enterado de todo,
con mañoso artificio, industria, y modo,
deja el Fuerte ligero
a los diez y ocho del ardiente Enero;
su marcha encaminando diligente
al que es de sus deseos continente:
al Riobueno digo,
donde esperaba hallar al Enemigo.
Marchaba a la Vanguardia,
siguiendo por detrás la Retaguardia;
mirando a la Coluna
un Escuadrón valiente, y de fortuna,
que de trescientos Indios fue formado,
regido de un ilustre, y leal Cacique,
digno de que el elogio se le aplique:
Inallao se nombra

y su lealtad a la Nación asombra,
a quien nuestro Monarca, si lo viera,
grandes premios le diera;
pues su fidelidad es quien le abona,
merecedor de una imperial corona.
Este Escuadrón seguía,
no con menos heroica bizarría,
el Capitán nombrado
Don Francisco Albarrán, bien señalado.
Segunda Persona es del Comandante
el Campeón arrogante;
y por eso este día
arrastró la valiente Infantería.
Iba a su Retaguardia con cuidado
la Artillería con su tren armado.
Los víveres le siguen, y Equipaje,
que esto es alma del viaje:
y a este noble armamento
de numeristas cubre el lucimiento.
Mientras así marchaban,
y a conseguir su empresa caminaban,
se hallaba el Comandante,
(Argos en todas partes vigilante)
repartiendo instrucciones,
que dictaban sus cuerdas reflexiones:
teniendo en todo puesto tanto esmero,
que a todos, y a cada uno iba primero.
La una era de la tarde,
cuando de todo riesgo haciendo alarde,
llega la Tropa, rara maravilla
del Río, mencionado hasta la orilla:
y visto ya el terreno
que parecido al Río era en lo bueno:
al Jefe se le ofrece
allí quedarse; porque se pudiese
poco a poco ir formando
el poderoso Fuerte por Fernando.
Y porque esta concordia
no la desazonase la discordia:
el Garretón prudente
llama a junta de guerra prontamente,
por consultar si aquel lugar sería
propio para la idea que él tenía.
Y habiéndose juntado,
salió por muchos votos acordado,
que sólo era aquel sitio conveniente
para invernarse la gente:

y porque mientras todos reposasen,
proporcionadas línea se tirasen.
Con este fundamento,
allí se estableció el campamento:
las líneas se tiraron
que al intento acordadas se pensaron:
y en el día siguiente,
se dio: la providencia conveniente,
para que luego el Fuerte se formara,
sin que este pensamiento se estorbara:
porque cuando en esta obra se entendía,
ni un Indio en los contornos parecía.
El trabajo feliz se continuaba,
porque se aprovechaba,
mientras la Tropa cubre un sencilla
formada Estacadilla.
Del alto de seis cuartas esta era,
por defenderse así de esta manera:
y en la lírica que hacía
círculo a la Estacada que se veía:
hipogrifos de frisa se pusieron
los que de cañas bravas se fingieron,
cuyas puntas tostadas
aún quedaban al fierro aventajadas:
y todos advertían
que por bravas defensa grande harían.
Viéndose Garretón en la fatiga
del mismo Fuerte a que su honor se obliga;
donde tanto admiraba,
que ver lo que él hacía edificaba:
teniendo dos cortinas concluidas,
por hallarse sus formas bien cumplidas,
De Enero a veintisiete aparecieron
(como todos las vieron)
en aquel Río dos Embarcaciones,
sin alcanzar su fin, ni pretensiones.
Toda la Tropa la novedad mira,
que por extraña, sin temor se admira:
cuando el Jefe valiente,
alentado, y prudente,
a la orilla descende cuidadoso,
por entrar sin la duda en el reposo.
Ocho Soldados lleva,
y al Capitán de lenguas para prueba:
que cuando no se entienden las Naciones,
no sirve la razón sin las razones.
A la orilla llegaron,

y con seña de paz luego llamaron:
y una de aquellas dos Embarcaciones
se redujo, por ver sus intenciones.
En ella viene, ardiendo más que un horno,
un Paidil, que Cacique era de Osorno:
y con la osadía,
que a los Bárbaros sólo convenía,
dijo, con fin de establecer la guerra,
que extrañaba Españoles en su tierra.
El Comandante (Ulises verdadero)
guardó para su tiempo lo severo:
y con un modo afable,
(para ver si triunfaba por lo amable)
a la expresión grosera
del Indio, respondió de esta manera:
Ocioso está Paidil vuestro ardimiento,
y es porque no alcanzáis mi pensamiento.
Mi venida no os puede ser perjuicio,
antes de ella os resulta un beneficio,
que será inacabable,
pues os traigo la vida perdurable.
El Rey que me dirige,
que Católicos seáis constante exige:
y si lo logra, vuestra es la victoria,
pues vuestro vencimiento es vuestra gloria.
Y pues también los Indios comarcanos,
con la capa de ver que sois Paganos,
os hacen mil molestias, e irrupciones,
nosotros os daremos protecciones;
para que defendidos, y cristianos,
de feroces paséis a ser humanos.
Cuando los Indios tal respuesta oyeron,
en ella al parecer se complacieron.
Las cinco de la tarde habían llegado,
cuando los Barcos dos se han apartado:
y Garretón pasó a su Campamento,
buscando allá en su claro entendimiento,
si en los Indios tan fiel condescendencia
tendría la traición por consecuencia.
De Febo el ardimiento
tumba hizo el argentado monumento;
y sucedió la noche más terrible,
que la vista existente fue imposible:
porque de las tinieblas la ocurrencia,
le embarazan el acto a esta potencia.
Viendo el Jefe, que tanta luz le falta,
con bastante razón se sobresalta:

y es porque los esfuerzos más colmados
no tienen ejercicio a ojos cerrados.
Mas con todo eso el gran D. Juan Antonio,
no dio de este cuidado testimonio:
porque el cuerpo no tiene fortaleza,
en viendo que flaquea la cabeza.
Antes manda animoso que la gente
esté sobre las armas prontamente.
Este orden repentino,
sacó a los Oficiales de su tino:
y al Jefe representan,
cuanto con el cansancio se atormentan,
por lo que en aquel día han trabajado:
y tener el Ejército parado
sobre las armas repentinamente,
era acto irregular; y así impaciente
él entonces responde:
bien se ve que al Ejército se esconde
el peligro en que estamos;
y pues en arduo trance nos hallamos:
ahora es sólo importante la obediencia,
porque sin prevención no hay resistencia.
Esta resolución cuando escucharon,
luego a sus tiendas todos se entregaron:
y Garretón quedó considerando,
cuanto estaban los suyos de él confiando.
Las nueve y media dadas ya serían,
cuando estas cosas todas sucedían:
y el Comandante entonces discursivo,
se halló contemplativo,
a los Indios trayendo a la memoria;
meditación, que le acarreó gran gloria.
Así en el Campeonato se paseaba
con estos pensamientos que ocultaba:
haciendo con sus chistes serio empeño
de vencer en sus Milites el sueño.
Las once y media de la noche han dado,
cuando el valiente Jefe, recostado
quedó de bruces sobre la trinchera;
que como mortal era,
el cuerpo desde luego pretendía
el descanso; que el sueño le ofrecía.
Apenas se traspuso,
una voz a su acuerdo lo repuso,
la cual según se oía
dos veces a las armas repetía.
Recuerda el Comandante,

y cual rayo de Júpiter tonante,
desenvainando el Sable,
silencio pide, porque el acero hable.
Apenas esto había pronunciado,
de cuatro mil Infieles fue cercado:
Tropa, a quien un Cacique gobernaba,
que entre ellos Cacillanca se nombraba:
y el Cacique Paidil, de aquella tarde,
que su intento ocultó como cobarde.
Diose principio a la batalla fiera,
pero de tal manera,
que parece que en una, y otra parte
era el furor la perfección del arte.
Aquí los Valdivianos, y Limeños,
haciendo competencia en sus empeños,
acreditan su mérito esforzado,
al darles la fatiga más cuidado.
Los Indios empeñados,
como tigres embisten arrestados;
sin hacer reflexiones,
de que los Españoles son Leones.
Y aquí el Comandante valeroso;
visitando el Ejército brioso,
desterraba la calma,
porque era de aquel cuerpo su voz alma,
Desde las once y media, que empezaron
la batalla terrible que formaron,
recibiendo esa Tropa avances nueve,
donde la muerte en las Macanas llueve.
Aquí indecisa estaba la victoria,
pues luz no había con que ver la gloria:
hasta que ya rayando el claro día,
la Aurora de la gracia, que es María,
del Cielo se asomó por los balcones,
a dar clara razón de estos blasones.
El triunfo era ya nuestro,
solo debido a un accidente diestro.
El caso fue: que de la noche a la una,
cuando estaba la lid más importuna,
tanto los enemigos nos cargaban,
que todo lo que es carga embarazaban,
sin dejarnos cargar la Artillería,
ni dar lugar a la Fusilería.
En lance tan terrible y riguroso,
Garretón ingenioso,
cuando a Marte en la guerra superaba,
como Apolo en los obscuro iluminaba:

mandando a sus Soldados,
que sin temer el riesgo, denodados
esparzan por el Campo las Granadas,
a mano destinadas,
por si el fuego consigue con el trueno
que arda cual Troya el campo del Riobueno.
¡Oh qué efecto
tuvo del Comandante este precepto!
porque tantas Granadas se han tirado,
que ardió un Cajón de fuegos abrasado.
Do fuegos, decir quiero, artificiales,
de Cohetes, Buscapiques, y otros tales,
que estaban a su tiempo preparados,
para dejar los indios aterrados.
Fue, luego que prendió, tal el estruendo,
y al adversario Campo tan horrendo,
que como allí los Indios no veían,
crecía su temor por lo que oían,
porque suele el sonido del amago
hacer todas las veces del estrago.
Los Indios pues perdidos.
viéndose de este horror tan poseídos,
absortos por media hora se retiran,
porque a escapar de tanto horror aspiran.
En este tiempo que a la Tropa dieron,
de algún modo los nuestros se rehicieron:
y pudieron, estando recobrados,
al certamen volver más esforzados.
Libres los Indios del pasado susto,
vuelven al campo furor, y gusto,
dándonos tres avances;
pero en todos echaron malos lances.
En este tiempo apareció en la esfera,
el que es Planeta cuarto, y luz primera
y empezó con su luz clara, y notoria,
a hacernos manifiesta la victoria.
Luego que se mostró la descubierta,
viéndose la Campaña ya desierta
de Enemigos tiranos, que vencidos
huyeron, en su miedo sumergidos:
concede el Comandante a sus Soldados
el goce en los despojos, bien ganados.
Las presas bien logradas,
eran Lanzas, Macanas, con Espadas,
y al pie de las Trincheras encontraron
ciento treinta y seis Indios, que quedaron
siendo mudos testigos

de los, que perecieron enemigos.
También heridos hubo,
entre los cuales una vida tuvo,
para hacer relación con rectos puntos,
de cuantos Indios nos cercaron juntos.
Y los Soldados, que de espías fueron,
individual noticia nos trajeron
de los difuntos en la sangrienta,
que pasan de quinientos noventa.
En este mismo día
(porque el urgente caso lo pedía)
el Jefe, sin temer del riesgo nada,
a Valdivia remite una Embajada,
haciendo relación bien espaciosa
de esa Función gloriosa:
y advirtiéndole que estaba sorprendidos
con diez y siete heridos;
recelando otro asalto por momentos,
porque observan bien los movimientos
con el Bárbaro ya se prevenía:
que de Víveres mucha falta había,
porque de allí se hallaban los Ganados
por los mismos Infieles retirados:
a tan debidas justas peticiones,
que de Garretón fueron precisiones,
el Gobernador dice,
que él se hallaba en estado harto infelice;
y que así sólo envía
diez y siete hombres, que es cuanto tenía:
y que estaba informado,
en que el Bárbaro ya ha deliberado
el sitiar a Valdivia, la gran Plaza:
y también a esta Tropa ir atacando,
por el Fuerte invencible de Fernando.
Estos diez y siete hombres que venían,
aunque para socorro se traían,
todo aquello quedó en promesa,
porque ellos sólo hicieron Fortaleza
en el Fuerte, que llaman Huequecura,
creyendo su defensa allí segura.
El Comandante, hallándose advertido,
en que está de socorro destituido;
pues de Valdivia, habiendo tanta alianza,
era sólo imposible la esperanza:
buscaba su cordura,
para no parecer, senda segura.
A los Milites mándales que entrasen

a los Sembrados, y se apoderasen,
como si fuesen propios, de sus Frutos,
porque estos de la lid son institutos.
La Tropa así lo hacía,
con que de bastimento se rehacía;
aunque a los que se entraban allá dentro
no les faltaba siempre algún reencuentro:
porque estas Gentes fieras
defienden con vigor sus Sementeras.
Diez y siete se cuentan de Febrero,
cuando a este Campo vino orden ligero,
en que el Gobernador al Jefe impera,
que se retire luego de esta esfera:
pero el Jefe prudente
no lo hizo, por no hallarlo conveniente.
Mas un orden segundo luego viene,
y en el Garretón se le previene,
que sin pararse en nada,
al punto se ha de hacer la retirada,
yéndose a establecer en Huequecura,
porque este fue dictamen de cordura,
que en consejo de guerra se había dado,
y era ley el que fuese ejecutado.
El orden se obedece
y antes de que la clara luz se viese,
con tal silencio el Campo se levanta,
que porque no se siente, más espanta.
Un superior terreno
tomaron, para ver al Sol de lleno:
y Garretón, Caudillo generoso,
que es de Moisés imitador famoso,
marcha en aquel Desierto,
dando gracias a Dios del Triunfo cierto.
De gracias hace acciones,
al ver rendidos cuatro mil Faraones.
Las nueve eran del día,
cuando la Tropa llena de osadía,
bien segura marchaba
de que ninguno el paso le cerraba.
Que aunque los Enemigos se juntaron,
y salir al opósito intentaron:
mas no lo consiguieron,
por el buen orden que en la marcha vieron.
Quien duda que sería,
porque iba en el Ejército María;
pues sólo su belleza, es infalible,
que es al Abismo ejército terrible.

De la tarde a las cuatro
llegó la Infantería a aquel Teatro:
al Fuerte digo, que el abrigo ofrece,
mas fuera de él con todos se establece.
Después el Comandante con su resto
llega a este mismo puesto,
que se formaba de Caballería,
y de otros, con el Tren de Artillería.
Luego que allí llegaron,
parte del caso al Gobernador dieron,
en todo lo impusieron,
y la felicidad participaron.
Pero el Gobernador, que así se informa,
de guerra otro consejo nuevo forma:
y al momento le ordena al Comandante,
que todo lo abandone,
viendo que así el consejo lo dispone:
y que él solo a la Plaza se pasase,
sin que nada llevase;
porque el tiempo importuno
no le dejaba dar socorro alguno,
porque condujese en este viaje
todo cuanto pudiese ser bagaje.
No quiso obedecer el Comandante,
porque de la razón lo halló distante.
Entró en la Plaza con cuanto él tenía,
sin tres cajones de Cartuchería,
y Balas que a la Plaza no llegaron,
porque en los enemigos se gastaron.
Estando ya en Plaza asegurada
la Tropa de laureles coronada,
con pérdida de un hombre solamente,
que murió en la función de un accidente:
manda el Gobernador, que con doce hombres;
y que otra vez visite el Riobueno,
por ver quien se le opone en su terreno.
Este Héroe tan noble, y generoso,
que es en el mayor riesgo más brioso,
parte con diligencia,
ilustra luego el Río su presencia:
y viendo al Enemigo acobardado,
y como retirado
su mismo desaliento,
si aumento cabe, dio al valor aumento.
Ya por sus Caserías lo persigue;
y en la empresa consigue
a Valdivia llevar un Prisionero,

que ha preso con esmero,
habiendo una gran dicha conseguido,
pues de la rebelión causa había sido.
Con este, y una India entró en la Plaza,
que con la industria de su red enlaza.
Este es todo el suceso,
digno de estar en la memoria impreso.
Todo esto se ha debido
al influjo de Amat esclarecido;
pues desde el Solio donde presidía,
a Garretón su Espíritu infundía;
A que se da bien claro testimonio,
del valor del invicto Juan Antonio:
y recojo la Pluma, porque veo,
que es su vuelo más corto que el deseo.
A ser su Coronista me ha movido
el ser su fino Capellán rendido:
y mucho más dijera,
si como Hazañas él, Lenguas tuviera.
Pero mientras le pido humildemente,
que perdone mi ofrenda reverente:
por todo el Orbe correrá su Historia,
carácter a imprimirse en la memoria.

FIN

Yo el Comisario General D. Joseph del Río, Escribano Mayor de Gobierno de este Reino por Su Majestad: Certifico en cuanto puedo, y ha lugar en derecho: como en los Autos sobre la Construcción del Fuerte de San FERNANDO, a orillas del Riobueno, Jurisdicción de Valdivia: habiéndose presentado en este Superior Gobierno el Comisario General de Caballería Don Juan Antonio Garretón, Capitán de Infantería Española de la primera Compañía, que guarnece dicha Plaza, y Comandante de la Expedición, exhibiendo el Libro de Órdenes que dio en ella: con la Vista que se la dio al Señor Fiscal, y su Respuesta, se proveyó el Auto del tenor siguiente.

En la Ciudad de Santiago de Chile, en diez y siete del Mes de Julio de mil setecientos cincuenta y nueve años: el Muy Ilustre Señor Presidente, Gobernador, y Capitán General de este Reino: habiendo visto el Libro de Órdenes, que ha presentado el Capitán de Infantería Don Juan Antonio Garretón, Comandante de la Expedición de Riobueno.

Dijo: que aprobaba, y aprobó las Órdenes, y Providencias que en él se contienen, como arregladas, y conformes a las Órdenes que se le dieron, y a las Reglas Militares. Y que en su consecuencia, en nombre de su Majestad (que Dios guarde) le daba, y dio gracias a dicho Oficial, según y como lo pide el Señor Fiscal, por haber desempeñado exacta, y valerosamente la confianza que se hizo de su Persona, y Conducta en aquella Expedición, con gloria de las Armas Españolas. Y que el presente Escribano le dé las Certificaciones que pide, autorizadas en pública forma, y manera que haga fe, así en dicho Presidio, como fuera de él: y fecho se junte este Expediente con los Autos sobre la Construcción del Fuerte de San FERNANDO. Y así lo mandó, proveyó, y firmó su Señoría, de que doy fe

Don MANUEL de AMAT

Ante mí

Joseph Antonio del Río, Escribano Mayor de Gobierno por su Majestad.

Es Copia del Auto original, que queda en los Autos de la materia, al que me refiero. Y para que conste, en virtud de lo mandado doy el presente: dicho día, mes. y año citados.

Joseph Antonio del Río, Escribano Mayor de Gobierno, por su Majestad.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

